

El rol de las mujeres en la independencia del Perú *

Susana Reisz

PUCP

El tema del que voy a hablar me ha sido sugerido por la lectura, en el periódico *La República*, de un par de artículos de actualidad.

Uno es un ensayo del politólogo de la PUCP Eduardo Dargent, en el que este joven y talentoso académico y analista de nuestra sociedad, denuncia la tradicional postergación de las mujeres en todos los ámbitos de la vida nacional y hace un llamado a los hombres a reconocer en sí mismos sesgos inconscientes o poco conscientes que los llevan a escuchar menos a las mujeres, a quitarles la palabra en eventos público (a menos que sean candidatas políticas), a reconocer menos sus méritos profesionales y, general, a escatimarles representatividad en cargos de mando y en general, en el mundo de la *intelligentsia*.

El otro artículo, referente a la insuficiente atención que se le presta al maltrato de mujeres y niños en el ámbito privado, trae el infeliz recuerdo--documentado por cámaras de vigilancia-- de la golpiza a que fueron sometidas dos mujeres, la una hace un par de semanas aquí, en un hotel de Ayacucho, y la otra recientemente en Piura, a manos de sus parejas, por haberse resistido a tener sexo o por cometer el “crimen” de pretender acabar una relación abusiva. Si a estos casos tan publicitados --que son solo dos muestras típicas de una práctica inveterada-- les sumamos las frecuentísimas violaciones de mujeres y niñas (y no pocas veces niños) a manos de familiares y supuestos amigos de la familia o la atroz práctica de la violación como arma de guerra, el panorama resulta desolador para todas las mujeres y niños pertenecientes a poblaciones vulnerables.

Pese a esta introducción bastante pesimista, debo admitir que estamos avanzando lentamente en el camino hacia la equidad de género y que el proyecto “Bicentenario: camino hacia la libertad” hace suya también esta lucha. Una lucha que es una de las diversas batallas que hay que librar para construir una nación en la que todos sus habitantes puedan gozar del ejercicio pleno de la ciudadanía. Pues no nos equivoquemos: tan importante como combatir la pobreza y la falta de acceso a servicios médicos y educativos de la población en general, es trabajar tenazmente para que no haya mayores índices de analfabetismo y de deserción escolar en la

- Texto leído en la Casa de la Cultura de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga el 13 de agosto de 2015 en el marco del proyecto “Bicentenario: Camino a la libertad” (MINCUL, Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la PUCP y RPU).

población femenina, para que disminuyan las violaciones y los embarazos infantiles y adolescentes y para que todas las niñas y mujeres del Perú tengan igualdad de oportunidades en relación con los hombres de sus respectivas comunidades.

Digo esto último porque en el caso de las mujeres, la discriminación, la inferiorización o el maltrato por su sexo por lo común se añade a las desigualdades y exclusiones que pueden sufrir los hombres del mismo medio étnico y social. Valga como muestra este botón: en una visita que hice recientemente al Convento de Santa Catalina en Arequipa vi, en una de las colecciones museales que alberga el convento, un látigo de punta dura y aguzada que, según la información allí recogida, se usaba para azotar a las esposas desobedientes en una comunidad amazónica de comienzos del siglo pasado ...

Ese mismo convento, según me informan mis amigos colonialistas, era la cárcel dorada (o no tan dorada) de las hijas de la burguesía que por haber nacido en segundo lugar (por no ser la primogénita) no tenían derecho a una dote ni, en consecuencia, a casarse y que por eso eran destinadas desde niñas, a veces desde los cuatro años, a llevar esa vida de oración y encierro. Por cierto que las sirvientas de las monjas de clausura vivían en peores condiciones materiales que las monjas pero, al menos, podían salir a la calle para hacer las compras y para ver lo que pasaba en el mundo.

Pienso que mujeres como esas, sirvientas, comerciantes, vendedoras de mercado, madres y esposas de los estratos urbanos populares que por su condición social eran bastante más libres que las señoritas de sociedad, debieron formar esa turba vociferante que el 31 de agosto de 1814 fue a sublevar a los conscriptos que estaban acuartelados frente al Convento de San Francisco. Al recibir la noticia de la rebelión del Cuzco y del avance de las tropas de Manuel Hurtado de Mendoza con el plan de tomar la ciudad y sumarla a la causa independentista, un grupo de comerciantes, artesanos y jornaleros convertidos en improvisadas milicias se habían reunido en esa casa-cuartel y se mantenían en una tensa espera, sin dar claras señales de cómo actuarían. Según lo cuenta la tradición oral y según lo recogen las primeras historias locales (publicadas ya en el siglo XIX y en 1924 para el centenario de la batalla de Ayacucho), la intervención de las mujeres, seguidas de una masa popular que se les añadió en el trayecto, fue decisiva para que los hombres se prepararan a entregar la plaza y a unirse al alzamiento y para que las autoridades no ofrecieran mayor resistencia.

Como lo cuenta casi novelescamente Juan Miguel Glave en un trabajo de investigación fascinante ¹, ese mismo día hubo saqueos de casas y comercios, se formó un nuevo gobierno con intervención de algunos criollos y con apoyo de la jerarquía indígena y toda la ciudad quedó movilizadada hasta la llegada de Hurtado de Mendoza, quien levantó la bandera de la independencia.

“Así fue como las mujeres tomaron Huamanga”, señala Glave con un poco de ironía. Y así fue cómo pocos meses después, fracasada la revolución, esas mujeres desaparecieron de la escena pública sin que ninguna de ellas desempeñara ningún cargo político ni fuera recordada por sus hazañas o por el castigo sufrido.

Solo una de ellas, cuyo busto está instalado en la plaza del mercado de Huamanga y cuya existencia histórica no está demostrada pese a que se la menciona en historias locales aparecidas desde el siglo XIX, solo una de ellas ha permanecido en la memoria popular con la aureola de un mito. Se le atribuye el nombre Ventura o Buenaventura Ccalamaqui (“la del brazo desnudo”, es decir, pobre, desharrapada) y se le adjudica el haber pronunciado el grito de independencia.

Las investigaciones de Juan Miguel Glave lo llevaron a encontrar, en el Archivo Regional de Ayacucho, una página que le ha permitido identificar al mito con una mujer concreta, muy probablemente llamada Ventura Barrientos, y completar parte de su historia gracias a la referencia a un reclamo judicial en el que ella denunciaba a quienes le habían retaceado una modesta herencia de cincuenta pesos que le había dejado un señor al que había servido como criada. Por ser mujer, pobre y desamparada, el albacea y el ejecutor de la manda testamentaria le habían dado unas mantas y unas ropas de abrigo en lugar de los 50 pesos. Al recibir la demanda con el pedido de restitución de los cincuenta pesos, el ejecutor, un comerciante llamado Ignacio Ore, defendía su proceder alegando que dado el mal vivir y la miserable condición de la mujer, ella malgastaría ese dinero. Por añadidura, Ore pedía que se la sancionara por falsa demandante...

Yo no he podido leer tan interesante documento pero las conclusiones que de él extrae Glave me persuaden por completo y me llevan a recordar un caso análogo en el ámbito argentino: María Remedios del Valle, a quien el General Manuel Belgrano reconoció con el grado de Capitana por haber luchado valientemente en el ejército emancipador acabó sus días en el más completo olvido y desamparo, mendigando en las calles de Buenos Aires por ser mujer, pobre y afrodescendiente.

María Andrea Parado de Bellido, la otra gran heroína ayacuchana, tenía, ya desde el nombre con el que pasó a la historia --una historia mas bien reciente en lo

¹ “Las mujeres y la revolución: dos casos en Huamanga y Cuzco durante la revolución de 1814”, *Historia y región* 1, Año I, octubre 2013: 77-93.

que toca al reconocimiento de las mujeres-- una situación social diferente a la de Buenaventura Ccalamaqui y María Remedios del Valle.

María Andrea era esposa y madre y como tal se la recuerda. También fueron “esposas”, para el registro histórico oficial, las primeras luchadoras de la emancipación, Micaela Bastidas y Tomasa Tito Condemayta.

María Andrea, como la valiente Micaela, como la Cacica de Acos y como casi todas las mujeres de su época y condición, eran analfabetas, pero eso no les impidió escribir al dictado importantes misivas dirigidas a sus maridos para amonestarlos, aconsejarles o transmitirles valiosa información para la causa de la independencia.

María, su marido y sus hijos eran de los muchos que desde 1820 apoyaban a la causa libertaria. En su carácter de madre, de esposa y de ciudadana ella colaboraba con los montoneros patriotas y era enlace activo con las huestes guerrilleras que apoyaban a las columnas enviadas desde la capital por San Martín. Pero en las serranías había empezado un brutal contraataque. En las tierras de Cangallo, donde luchaban como montoneros su esposo y uno de sus hijos, avanzaban las tropas virreinales, comandadas por el coronel José Carratalá, hombre habituado a masacrar y a incendiar poblados enteros. En carta a su esposo, en la que lo llamaba «idolatrado Mariano», María les advertía del nuevo peligro que corrían y les pedía que alertaran a Quiroz, quien era el jefe de aquellos grupos, para que todos se replegaran. Por descuido de los guerrilleros la carta fue dejada en una chamarra y los oficiales españoles la remitieron a Huamanga². El resto de la historia es bien conocido hoy, por lo que ha llegado a formar parte de las conmemoraciones patrias: María fue capturada y sometida a vejámenes, amenazas y feroces interrogatorios. Pese a ser casi una anciana, resistió con entereza las torturas: no dio ninguna información, no confesó quiénes estaban conjurados entre los huamanguinos y ni siquiera reveló la identidad de quien había escrito la misiva en su nombre. Según se cuenta, enfrentó el pelotón de fusilamiento serena y desafiante. Su nombre completo, con el posesivo “de” que marca a las mujeres como pertenencia o complemento de sus maridos, “María Parado de Bellido”, es hoy un popular nombre de escuelas y de instituciones femeninas.

La mayor parte de las mujeres que participaron activamente en el proceso de emancipación o eran mujeres pobres que se valían por sus propios medios o eran esposas o amantes de patriotas. Entre estas últimas había mujeres de salón y mujeres de acción.

² Vega, Juan José. “Una heroína popular: María Parado de Bellido”, diario *La República* (Lima-Perú), 3 de mayo de 1999.

Entre las primeras se puede mencionar a la aristocrática Mariquita Sánchez de Thompson, en cuya casa se estrenó el himno nacional argentino, o a Remedios de Escalada de San Martín, la niña acaudalada y enfermiza que a los catorce años se casó con el Libertador y que donó sus joyas y sus pertenencias para apertrechar a los ejércitos de su marido. Entre las mujeres guerreras resaltan la chuquisaqueña Juana Azurduy de Padilla, cuya memoria patriótica se disputan hoy argentinos y bolivianos, y la posteriormente célebre "Mariscala", Francisca de Zubiaga de Gamarra, quien fue ensalzada por Flora Tristán en su libro *Peregrinaciones de una paria*. Sin embargo, las hazañas de estas mujeres, excepcionales por su valentía y por transgredir los límites del tradicional rol femenino, en su época no tuvieron un reconocimiento independiente del otorgado a sus maridos ni terminaron sus días con gloria. Juana Azurduy, a quien el General Manuel Belgrano había concedido el rango de Teniente Coronel por su heroica defensa de la hacienda del Villar en la que ella misma mató al jefe realista, murió olvidada y en la miseria a los 82 años y fue enterrada en una fosa común. La Mariscala, quien por su carácter fuerte y aguerrido había sido repudiada por la sociedad peruana tras la caída de su marido, el primer presidente de la era independiente, acabó sus días desterrada en Chile, donde murió muy joven, en el más completo olvido.

Antes de finalizar estas reflexiones sobre el rol histórico de las mujeres quizás convenga añadir algo bastante obvio pero que suele ser pasado por alto cuando se trata de conmemorar la gesta libertadora y de exaltar a sus héroes y heroínas.

Me refiero a que, como todo el mundo sabe, la lucha por la independencia no fue un limpio enfrentamiento entre el imperio español y sus súbditos de ultramar sino que en muchos aspectos tuvo las características de lo que hoy llamaríamos un conflicto armado interno. Conviene recordar, por lo mismo, que no todas las mujeres que intervinieron activamente en los sucesos que llevaron a la emancipación estuvieron del lado de los patriotas. También hubo, en el bando de los realistas, mujeres del pueblo o de la oligarquía que pusieron en riesgo su seguridad personal para rescatar a esposos, hijos, hermanos o padres retenidos por los rebeldes. Hubo incluso, como lo registra Luis Miguel Glave en el artículo arriba mencionado, una señora arequipeña de nombre Paulina Uría --apodada la "coronela"-- que para aplastar la rebelión del Cuzco organizó hombres armados a favor del rey y como consecuencia de ello sufrió el saqueo de sus bienes, fue apresada por el propio Mateo Pumacahua y finalmente puesta en libertad contra la opinión de Vicente Angulo (90-91).

Unas se arriesgaron por la causa de la independencia; otras por la causa de la corona española. Unas, como Paulina Uría, tuvieron la suerte de perder tan solo bienes materiales; otras, como la cuzqueña Juana Noin, fueron amarradas a un cañón

y cruelmente azotadas; otras fueron fusiladas, como María parado de Bellido, y otras, las precursoras, sufrieron vejaciones y suplicios indescriptibles como Micaela Bastidas y Tomasa Tito Condemayta.

Como ocurre con todas las guerras, los riesgos corridos, los sacrificios, las acciones en el campo de batalla, los actos de heroísmo o las esforzadas labores de avituallamiento y enfermería realizadas por las acompañantes de los ejércitos fueron pronto olvidados.

En la incipiente república y a todo lo largo del siglo XIX las mujeres tuvieron que volver a las labores de la casa o del campo, a la sujeción a sus maridos, padres y hermanos o al encierro en el convento. Quienes como Clorinda Matto de Turner o Mercedes Cabello de Carbonera intentaron intervenir en política y hacer oír su propia voz desde la literatura terminaron en el destierro o en el manicomio.

Otro siglo más debió pasar para que aquí en Ayacucho, en la celebración del bicentenario del proceso de la Independencia, sus voces sean escuchadas con mayor atención y sus acciones ocupen en la memoria histórica el lugar que les correspondió desde un principio.